

**D**iego Hidalgo Schnur nació en Madrid el 5 de noviembre de 1942. Desde muy joven sus ideales se orientaron a la concreción de proyectos que mejoraran la vida de las personas más desfavorecidas. Su compromiso con esos ideales se ha mantenido inalterable a lo largo de su excepcional trayectoria personal y profesional.

*El industrial y filántropo Andrew Carnegie dijo que "es más difícil dar dinero de un modo inteligente que ganarlo". La incansable contribución de Diego, tanto por su cuenta como a través de otros, demuestra el efecto inspirador y los resultados positivos de ejercer una "filantropía inteligente".*

*(Kofi Annan, exsecretario general de Naciones Unidas).*

De ahí que cuando recibiera el premio Raymond Georis al filántropo europeo en el año 2009, el jurado destacara su capacidad de "convertir sueños y esperanzas en resultados concretos para multitud de personas en innumerables países".



El "Decálogo" de Diego:

- Identifica los problemas
- Busca soluciones
- Piensa en grande
- Sigue tu pasión
- Capacítate
- Planifica
- Analiza tu entorno
- No ocupes espacio en la foto
- No conviertas la realidad en lo que tú deseas
- Aprende de tus errores



ISBN 978-84-86830-42-7



9 788486 830427

Pilar Sánchez Millas  
Lula Gómez Benito

Diego Hidalgo La mirada de un filántropo

Pilar Sánchez Millas  
Lula Gómez Benito



**DIEGO HIDALGO**

La mirada de  
un filántropo

Siddharth Mehta Ediciones

Los años de la Complutense fueron también los de su *mili*, que compaginó durante los veranos con sus estudios universitarios. Realizó las milicias universitarias e hizo el campamento militar en La Granja, Segovia, en 1963 como soldado raso; un año más tarde como sargento, y durante enero y mayo de 1965, como alférez de infantería del Ejército de Tierra en el Regimiento de Ultonia, en Gerona. A esa época se remonta su amistad con Ricardo Lloret, un incondicional del que Diego siempre cuenta que le salvó la vida... por un constipado; *historias de la mili*. En cambio Lloret siempre ha quitado importancia a su hazaña y lo atribuye a que -quizá- al sentirse tan mal y estando lejos de casa, le impresionó mucho que alguien que apenas conocía se ocupara de él.



Diego Hidalgo con su prima Bárbara y su amigo Íñigo Saldaña durante la mili.

De esos tiempos, señala asimismo Lloret, que a su amigo, a pesar de ser hijo de un ministro de la Guerra, nunca le interesaron los asuntos militares ni usó la influencia de su padre. Lloret supo solo por terceras personas del «famoso notario» y también político que siempre intentaba ayudar a los demás.

*«Un familiar mío, editor en Madrid, fue la primera persona que me habló del padre de Diego. Le vendía libros a don Diego Hidalgo Durán.»*

*Decía de él que era una gran persona porque no le compraba los libros porque le hicieran falta, sino que solo lo hacía para ayudarle económicamente en los duros tiempos de la posguerra. Esa actitud de hacer el bien es lo que le enseñó este hombre a su hijo. Si la filantropía es hacer el bien, Diego Hidalgo es un filántropo»<sup>13</sup>.*

#### ELOGIO DEL BUEN AMIGO Gregorio Marañón Bertrán de Lis



Gregorio Marañón y su esposa Pilar Solís junto a Diego y Pilar.

Diego y yo comenzamos a la vez nuestros estudios universitarios cuando teníamos 16 años. Escribo estos apuntes 53 años después; ha sido un tiempo de amistad sin sombras, que ha transcurrido con la fugacidad de un instante.

En septiembre de 1959, cuando ingresamos en la Facultad de Derecho de la Complutense de Madrid, no nos conocíamos. Él provenía del Colegio «Estudio» y yo del Rosales. Los contadísimos estudiantes que procedíamos de estos centros congeniamos inmediatamente. Nos unía una misma formación liberal y laica y, en algunos casos, también la amistad de nuestros mayores. Así, Diego, José María Maravall, Luis Gámir, Cristina Mato, Pedro Gamero, Carlos Miranda y yo nos hicimos muy pronto inseparables. En el caso de Diego y mío, nos antecedía el respetuoso afecto que se profesaron su padre y mi abuelo,

<sup>13</sup> Testimonio – entrevista personal a Ricardo Lloret, Madrid, 5-4-2012.

que compartieron la misma y comprometida ilusión republicana, la derrota de su proyecto de país a manos de nacionales y revolucionarios, y el exilio, interior o exterior, en la dictadura mientras esperaban una nueva era liberal que no llegarían a conocer. Mi abuelo, que murió en la primavera de aquel curso, siguió mis primeros pasos en la Universidad con grandísimo interés: cada semana me hacía ir a verle para contarle mis experiencias y poder así tomarle el pulso a la vida universitaria de entonces. Como dijo por aquellas fechas, en unas declaraciones al periódico mejicano *Excelsior*, había llegado finalmente al convencimiento de que la reconciliación de los españoles y la recuperación de las libertades solo se alcanzaría por nuestra generación, la primera que no había conocido la Guerra Civil. En algunos de aquellos encuentros me habló muy elogiosamente del padre de Diego, alegrándose al saber que nos habíamos hecho amigos.

A partir de entonces, además de los espacios universitarios, la casa de Diego de Alfonso XII (en donde recuerdo desvaídamente la presencia de su madre), la mía de Serrano y el Cigarral de mis abuelos, se convirtieron en escenarios compartidos de nuestra primera juventud.

Diego era ya como es hoy y como ha sido siempre: profundamente bueno e inteligente; a la vez soñador y pragmático; con un inmenso y benévolo sentido del humor aflorando siempre en su mirada; y una de las personas más generosas que he conocido, compartiendo todo lo suyo con absoluto desprendimiento, movido por sus afectos personales, su sentido de la solidaridad y su arraigada convicción filantrópica.

A diferencia del amor, en el que los amantes precisan contarse exhaustivamente el tiempo no compartido para anudar así sus existencias, en la verdadera amistad los espacios de separación, a veces de años, son irrelevantes, y el reencontro comienza donde quedó la última vivencia compartida para enlazar con un nuevo camino.

Al terminar la carrera, su boda con Gloria y su marcha al Banco Mundial en Washington marcaron el inicio de uno de esos paréntesis amistosos. Durante aquel tiempo sucedió una de esas anécdotas que jalonan la vida de Diego, increíbles en cualquier otro y absolutamente increíbles cuando se acumulan en la misma persona, salvo en su caso. Visitaba, para el Banco Mundial, un país africano. En el avión viajaba junto a un pasajero francés. Como ninguno de los dos conocía a nadie en la capital de aquel territorio perdido, quedaron en trasladarse juntos al hotel donde se alojaban que era el único establecimiento que allí merecía ese nombre. Al aterrizar, el sobrecargo pidió que nadie se levantara de sus asientos. Mirando hacia fuera, en la pista, vieron formado un batallón militar en uniforme de gala, una banda de música y un distinguido grupo de hombres que por su forma de vestir parecía el propio go-

bierno. En ese instante el sobrecargo rogó a Diego que descendiese del avión, y su compañero de viaje, estupefacto, observó cómo se le cuadraban los militares, cómo era saludado con el mayor protocolo por aquellos civiles bien trajeados, cómo pasaba revista a las tropas y cómo subía a un gran coche descubierto para alejarse de la pista saludando con la mano como hacen los políticos relevantes. Cuando, más tarde, el francés se reencontró con Diego en el hotel, le preguntó con un cierto azoramiento por su verdadera identidad, y Diego tuvo que confesarle que aquello había sido solo un sorprendente simulacro, como preparación de una próxima visita oficial, para el que había sido elegido por azar.

Su matrimonio con Gloria terminó antes de lo que pudieron haberse imaginado. Pero, y lo señalo pues esta es otra característica de Diego, la relación con Gloria no terminó nunca, enriqueciéndoles amistosamente para contento de sus hijas Marta y Silvia –sensible colaboradora de Diego– y de su hijo Daniel, que nacería años después.

De Gloria ayer, a hoy Pilar que es también mañana: ha encontrado en ella el amor pleno que tiene la vocación de perdurar gozosamente en la experiencia dulce y compartida de querer y sentirse querido. Y como nada en Diego deja de ser extraordinario, ahí está esa foto de Pilar en su primera comunión con un Diego adolescente, unidos por ese parentesco –que también comprende a Pili, mi mujer– que hunde sus raíces en El Raposo, un paraje extremeño de resonancias míticas. Diego, que es también un poeta de facilísima pluma y copiosa producción, tiene escritos para Pilar y sus hijas Marta y Ana, algunos de sus mejores poemas.

Entre ayer y hoy se entrecruzan historias afectivas importantes como las de Martine y Melania, que le dieron a Diego también unos preciosos hijos, Diego, Miriam, Melania y David. Pero para que esta referencia al Diego sentimental no quede incompleta, he de mencionar sus extraordinarias dotes de seducción que, según cuentan, exceden a las que dieron justa fama a su padre, y esa capacidad, aún más insólita que la intensidad de su vida amorosa, que le permite conservar estas relaciones transfiguradas en forma de grandes amistades. Solo él sabe cómo convocar y hacer convivir, felizmente juntos, a todos sus hijos y a sus madres: es un verdadero mago, lo que también explicaría las habilidades heredadas por su hijo Diego que lleva siempre entre sus manos barajas y palomas invisibles.

No conozco a nadie que aúne con tanta naturalidad y armonía características y circunstancias tan opuestas. Así, la fidelidad a sus entrañables raíces paternas de Extremadura y a los lazos internacionales de su familia judía materna; el niño grande, ingenuo e inocente que vive dentro de un sabio siempre joven; o el filántropo que recoge jóvenes en paro por las calles de Madrid, organi-

zando para ellos cursos de informática dotados con generosísimas becas, mientras organiza el Club de Madrid, para promover la democracia en nuestro planeta, convocando a los principales líderes políticos y empresariales del mundo, y organiza también la comercialización internacional de los productos de la artesanía africana con el fin de dar empleo local a sus artesanos. Su amistad con el Rey es también paradójica: siendo tan distintos, no conozco un mejor amigo de Don Juan Carlos que el propio Diego. Dos imágenes nos ilustran su relación: la extensa carta que delante de mí escribió a mano el Rey para Diego, en una circunstancia difícil de este, reiterándole la profundidad de su sentimiento amistoso, y que yo le llevé; y el Rey, padrino de una hija de Diego en el bautizo que se celebraba en un salón del hotel Ritz, jugando a gatas con otro niño. En este juego de contradicciones, Diego, desde su fortuna importante, ha sido siempre tan espléndido con los demás como austero consigo mismo.

Otro capítulo importante que comparto con Diego es su relación con PRISA, en la que ha sido, después de Jesús Polanco, durante mucho tiempo, el segundo accionista del Grupo. Nunca ha pedido nada para él y siempre ha apoyado decididamente el proyecto fundacional que dio lugar a la publicación de *El País*, dando ejemplo constante de su buen criterio, de sus conocimientos económicos, de su carácter liberal y de sus valores éticos. Diego ha considerado esta participación casi como un proyecto altruista por su significación, no olvidando que llegó a sus manos por otra de sus buenas acciones, en este caso la de evitar la quiebra de su buen amigo José Ortega Spottorno y de Alianza Editorial.

Dejo para otra ocasión la tarea de glosar sus múltiples iniciativas, culturales y empresariales, dentro y fuera de España, y sus libros y artículos, fieles exponentes de su capacidad de análisis y prospectiva, pues el discurrir de las cosas casi siempre ha venido a darle la razón. Porque Diego es, a la vez, un filántropo, un empresario y un intelectual comprometido con la sociedad y el tiempo que le ha tocado vivir.

Hasta aquí este breve boceto con el que he querido dar testimonio del cariño, la admiración y el reconocimiento tan grandes que siento por Diego Hidalgo Schnur, que es uno de mis mejores amigos. Y si, finalmente, tuviera que destacar una sola de las muchas cualidades que tiene la extraordinaria figura de nuestro Diego, elegiría su inmensa capacidad para la amistad, que alienta en todas sus iniciativas dándoles esa dimensión que las hace ser tan plenamente humanas. De ahí que dedique mi elogio a quien es el buen amigo por excelencia.

**Gregorio Marañón Bertrán de Lis**, marqués de Marañón, es consejero del Grupo PRISA y presidente del Patronato del Teatro Real de Madrid.

## El posgrado en Harvard

La vida adulta de Diego comenzaría tras terminar la carrera en Madrid y licenciarse como alférez de complemento en 1965. Es ahí cuando empieza a trabajar haciendo traducciones para la *Revista de Occidente*; colaboraciones con las que se compró su primer coche, un dos caballos amarillo, y gracias a las que empezaría a sentir su independencia.

Por entonces ya salía con Gloria Turullols. Se habían conocido en febrero de 1966 en casa de José Ortega Spottorno y Simone Klein, amigos de toda la vida de la familia Hidalgo. Según el joven Diego: «*En memorable fecha, en Padilla 22, piso 3º derecha...*». Simone quería presentarles al hijo de una amiga belga, por lo que formaron una pandilla con José Luis, hermano de Gloria, y Natalie Burke, su novia, además de Diego y otros jóvenes. Diego contó a Gloria que iba a ir a Estados Unidos en verano, y ella le comentó que también iría, a casa de Natalie, quien la había invitado en julio y agosto. Comenzaron a salir juntos, y Gloria conoció a Gerda; y en esos días también recibieron la gran alegría de que Diego había sido aceptado para el programa de Harvard que empezaba en septiembre, para estudiar un máster en administración de empresas.

Al llegar Gloria y Natalie a Nueva York en el verano de 1966, en el aeropuerto J.F.K. estaban esperándolas no solo Diego sino también la madre de Natalie con su avioneta *Piper comanche* para llevarlas a su casa en Far Hills, (Nueva Jersey). Diego se quedó muy contrariado y preocupado y le preguntó a Gloria: «¿Sabes tus padres que vas a tomar una avioneta?». Más tarde, ese verano, la madre de Natalie les llevó en ella a visitar Washington, y Diego, sentado delante y observando los controles, se dio cuenta de que estaba sobradamente cualificada para pilotar. Ese verano Diego estaba trabajando como becario en el Chase Manhattan Bank, en Nueva York, pero los fines de semana iba a Far Hills, donde lo pasaban muy bien en la mansión estilo Tudor en la que vivían los Burke.

Diego le descubrió Nueva York a Gloria. Allí participaron en una manifestación en contra de la guerra de Vietnam en Times Square. Le enseñó su apartamento —que por lo que recuerda era «muy cutre»—, y le presentó a su prima Caroline y a su marido Ernie, y sus dos niñas. A finales de agosto Gloria regresó con Natalie a Madrid y Diego se marchó a Cambridge, Massachusetts, para ingresar en la Harvard Business School.

Durante los dos cursos académicos que vivió en Harvard, Diego se encerró literalmente en los estudios y en el campus donde residía. «*Estábamos condenados a vivir, estudiar, dormir, pelear, sudar, reír, desesperarnos, sobrevivir sin dormir,...* todo siempre juntos durante nueve meses», recuerda